

EL PAÍS DE LAS CERCANÍAS

Nuestra historia, como jamás te la contaron

ROY BEROCAY

Asesores: Gerardo Caetano y José Rilla

loqueleq

En el cruce de caminos

Este libro está escrito en un cruce de caminos. Allí fue donde un narrador y dos historiadores nos pusimos a conversar acerca del Uruguay y sus historias, convocados por la gran aventura que nos permitiera contárselas de un modo diferente a los niños, a sus padres y maestros.

Lo primero que aprendimos con Roy Berocay es que narrar es un trabajo apasionante y que hacerlo bien es muy difícil. Por otro lado, una vez más nos dimos cuenta de que por suerte no hay una sola manera de hablar y escribir acerca del pasado, que no hay una historia sino muchas historias.

Así pues, es mejor que los lectores tomen este libro como lo pensamos desde un principio en aquel cruce de caminos: es mucho menos un libro de Historia y mucho más un libro de relatos, de cuentos y narraciones, de historias que ocurrieron (¡o que podrían haber ocurrido!) a lo largo de cuatrocientos años, entre 1500 y 1900. Es una invitación a conocernos, recordarnos, dibujarnos e imaginarnos, desde una modalidad que, con seguridad, se acerca bastante más al oficio de Roy que al nuestro.

Fue uno de los maestros de nuestra generación, Carlos Real de Azúa, quien escribiendo acerca del Uruguay moderno llamó a esta, nuestra comunidad, “el país de las cercanías”.

Y lo decía sin nostalgia de la aldea, tomando la inspiración de uno de nuestros mayores poetas, quien describió al Uruguay como una tierra “a la mano del hombre”. Era tal vez el mismo sentimiento que provocara aquel famoso dicho de un paisano de los tiempos de la “tierra purpúrea”, quien ante un inmigrante intentó explicar el país que por entonces se formaba como una tierra en la que “naides es más que naides”.

Por cierto que esas invocaciones han sido (y siguen siendo) más un horizonte a conquistar, un sentido de brújula en tanto “comunidad imaginada”, que una esencia congelada o la expresión de un éxito logrado de una vez y para siempre. No todo fue fácil y bueno en esa historia. ¿Cuánto nos costó? ¿Cómo lo aprendimos? ¿Qué ganamos y también que perdimos con esta forma de hacer las cosas, con este modo de discutir, de acordar, de organizar una sociedad en la que, como decía alguien en el siglo XIX, “todos se sienten con iguales derechos”?

Desde el desafío de un mundo y un país enfrentados a cambios vertiginosos, si este libro ayudara a contestar estas preguntas y, mejor aun, si nos invitara a nuevas preguntas y conversaciones acerca de nosotros mismos, habrá cumplido con lo que se propone.

G.C. y J.R.
Marzo, 2001

1. Seres extraños en el mar

Hacía tiempo que Joaquín no visitaba a su abuelo. No era que no quisiera hacerlo, pero sus padres rara vez tenían tiempo para llevarlo y el propio abuelo era un hombre muy ocupado; siempre estaba metido en algún proyecto, estudio, o simplemente agarraba su auto medio abollado y se iba por ahí a recorrer alguna zona del país que le interesaba por su trabajo. Ahora, mientras Joaquín subía la escalera hacia la biblioteca y se disponía a pasar el fin de semana con el viejo, pensaba en las historias que su padre le contaba de cuando el abuelo había sido joven. ¿Qué clase de persona dejaba una carrera como jugador de fútbol para estudiar historia?

Para Joaquín la elección habría sido muy diferente: el fútbol era divertido y la historia, se sabe, algo muy pero muy aburrido. Por eso, cuando abrió la puerta y lo vio sentado



frente a la computadora, rodeado de estantes con libros y paredes con fotos de cuando era jugador, decidió que ya era hora de averiguar, de hacer esa pregunta que arrastraba desde hacía años.

El abuelo dejó de escribir y sonrió. Ambos se saludaron y conversaron un rato acerca de la escuela, de la familia, de esto y aquello. Al final, cuando ya no quedaba nada nuevo por contar, Joaquín se animó.



—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro, lo que quieras.

Joaquín miró las fotos en la pared. Después se fijó en esos libros gordos apilados por todas partes.

—¿Por qué dejaste el fútbol para estudiar historia?

El abuelo volvió a sonreír.

—¡Para conocerte mejor! —dijo imitando la voz del lobo de *Caperucita*.

—¿A mí? ¿Y yo qué tengo que ver con la historia?

—¿Y vos quién sos? —retrucó el viejo.

La pregunta lo sorprendió: “¿Cómo que quién soy?”.

—Soy tu nieto, Joaquín.

—Sí, eso ya lo sé; pero, ¿sabés quién sos o cómo llegaste a ser lo que sos?

—Bueno... yo... mis padres me tuvieron y...

—¿Lo ves? Por eso me dediqué a esto —explicó el viejo con tono misterioso y apagó la computadora—. Sabía que algún día tendría un nieto y quería poder contarle su historia, su verdadera historia, una historia que es mejor que cualquiera de esas películas con explosiones y efectos especiales. ¿Querés conocerla?

—Sí... claro —Joaquín no estaba seguro, pero siempre le había gustado que le contaran cuentos. El abuelo le hizo señas de que se acercara y ambos se acomodaron en el viejo sillón.

—En realidad se podría decir que tu historia comenzó hace miles de años, pero vamos a dar un salto en el tiempo y dedicarnos solo a tu historia en estas tierras del sur, una historia que bien podríamos empezar un día cualquiera hace cientos de años...

Llovía, llovía mucho y de tal manera como ese niño al que llamaban Bilu nunca había visto. El viento parecía sacudir los cerros y creaba olas en las ramas de los árboles salvajes del bosque, cerca del arroyo, donde acampaban unos trescientos charrúas.

Bilu estaba acurrucado dentro de una choza hecha con ramas y cueros de venado. La lluvia había apagado el fuego y nadie hablaba mientras el viento silbaba furioso. La madre de Bilu tiritaba en silencio envuelta, igual que él, en su piel de venado. Su padre, el guerrero, permanecía sentado, silencioso, casi como una figura de piedra que los relámpagos iluminaban de vez en cuando.



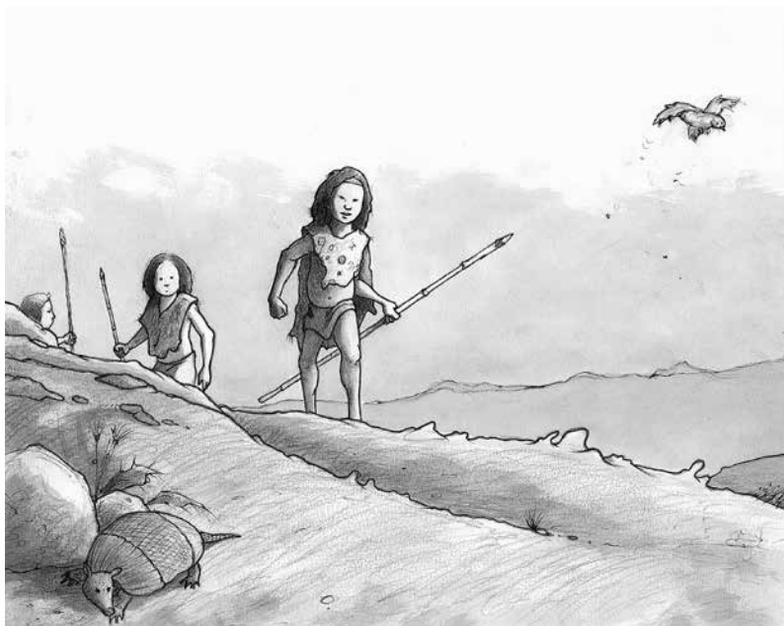
Cuando estallaba un trueno, Bilu se asustaba y se acercaba un poco a su madre, pero trataba de que su temor no se notara. Ella también parecía asustada, pero no su padre: los guerreros no debían temer. Bilu soñaba con el día en que él también llegaría a ser como su padre: un día en que podría salir junto con el sol a cazar venados y ñandúes, caminar por el bosque oscuro y denso con pisadas tan silenciosas como el aire, ensartar peces en el agua en apenas un movimiento y también, cada tanto, ir a pelear con las otras tribus, para volver con comida, armas, mujeres y niños. En todo eso pensaba Bilu antes de quedarse dormido.

A la mañana, el cielo invernal estaba despejado y los hombres y las mujeres ya levantados se ocupaban de sus tareas. Los hombres estaban prontos para ir de cacería, las mujeres trabajaban los cueros, cuidaban el fuego, hacían la comida y vigilaban a los niños, mientras los viejos, sentados, juntos, hablaban de los tiempos lejanos.

Bilu se levantó y se acercó a los otros niños. Escuchaba el canto de los pájaros y podía ver, más allá, alzándose con pereza, el pequeño cerro donde hacía muy poco habían entrado al padre de su padre. Recordaba la muerte del anciano y la cara seria de su hijo, su mirada apenas húmeda. También recordaba cómo su padre, para expresar su dolor, se había cortado la punta de un dedo, apretando los dientes, levantando luego su mano ensangrentada para que todos la vieran.

Bilu sabía que algún día él tendría que hacer lo mismo y que entonces tendría que demostrar la valentía de un guerrero.

Pero ahora, con la pradera extendida como una alfombra mansa, blanqueada por la helada, sólo pensaba en jugar con los otros niños. Abrigados con sus cueros, con ramas que



imitaban lanzas de verdad o con boleadoras hechas con juncos y piedras, ellos salieron a recorrer la zona.

Sabían que no debían alejarse, los mayores eran estrictos con eso. Podía haber peligros acechando detrás de las rocas: pumas o jaguares que, aunque solían asustarse ante la presencia de los indios y preferían correr detrás de los miles de venados que poblaban el campo, eran bichos traicioneros. También estaban las víboras que podían matar de una sola mordida.

No, los niños no debían alejarse demasiado, pero sí podían tratar de cazar mulitas o pájaros, espiar entre las malezas a los osos hormigueros o jugar a las pequeñas guerras en las que, imitando a sus padres, siempre vencían. Porque los niños del campamento creían lo que enseñaban los mayores: los charrúas siempre debían vencer y para eso tenían que ganarle al miedo.

Esa noche, cuando Bilu se resistía a dormir y el frío volvía a caer como un manto blanco sobre las chozas, escuchó a los hombres quienes, como todas las noches, estaban sentados alrededor del fuego. El cacique hablaba de atacar a una tribu cercana. Ya habían llegado algunos enviados de otros campamentos charrúas, por lo que todo estaría pronto para el día siguiente: un gran ataque —rápido, mortal—, contra los guaraníes para establecer así quiénes eran los amos de ese territorio.

Bilu había visto otros campamentos charrúas parecidos al suyo. Alguna vez, cuando avanzaban en busca de un nuevo sitio donde acampar, se habían cruzado a la distancia con otro grupo de hasta seiscientos indios que también buscaban cambiar su hogar y lugares de caza. Si todo estaba bien, los caciques se saludaban, hablaban brevemente y luego seguían su camino. Otras veces las cosas no eran así y había lucha entre los propios charrúas para conseguir alimentos, cueros, un mejor lugar donde acampar o robar mujeres. Por eso, los niños sabían que si avistaban otro grupo, tenían que esconderse y tratar de avisar a los mayores.



Pero esa noche se notaba que algo diferente sucedía. Había allí gente de otros campamentos y eso no era común. Los hombres hablaron más que de costumbre; podía ser que el frío los obligara a quedarse un rato más cerca del fuego o que el ataque iba a ser grande. Esa noche su padre no durmió con ellos, ya que debía vigilar el campamento.

A la mañana siguiente Bilu despertó y salió de la choza: los hombres ya no estaban; la tarea de vigilar era ahora de los viejos. Las mujeres trabajaban en sus tareas. Bilu se acercó a su madre y la observó un rato, viendo cómo ablandaba un cuero golpeándolo con una piedra grande. Ella hablaba muy poco, al igual que todos los charrúas, pero esta vez tenía algo diferente en la cara. Bilu no sabía qué. Quizá pensara en su hombre, allá, quién sabe dónde, peleando a matar o morir. Quizá pensara que él no iba a volver.

De pronto ella dejó a un lado la piedra con la que machacaba el cuero, estiró su brazo y le tocó la cara con ternura. Luego sonrió. Estaba orgullosa de él, por eso le había dado ese nombre, Bilu, que quería decir “hermoso”. Él sentía las dos cosas, su amor y también la preocupación que le nublaban los ojos oscuros. Algún día, cuando él se convirtiera en hombre estaría más orgullosa aun.

Cuatro soles y cuatro lunas subieron y bajaron del cielo, hasta que una tarde, cuando los niños perseguían con palos una culebra por la loma, vieron a la distancia el grupo de guerreros que regresaba.

Cuando el grupo se acercó, avanzando en fila, Bilu reconoció a su padre y se sintió feliz. Pero otros guerreros a quienes conocía bien ya no estaban, habían quedado allá, seguramente caídos en un combate terrible. Detrás de los hombres, que

traían pieles y otros objetos, venía un grupo de mujeres silenciosas, atadas, con la cabeza gacha, y a su costado, con caras de miedo, un grupo de niños.

Siempre era así. Según lo creían muchos, era importante conservar a las mujeres para asegurarse el nacimiento de más niños y niñas. Los niños capturados pronto aprenderían las costumbres charrúas y se convertirían también en sus iguales. Así era la palabra de los más viejos: solo se mataba a los otros guerreros, a los enemigos, a los que resistían, pero nunca a los viejos, mujeres o niños. Esa era la ley que seguían desde el principio de los tiempos. Esa era la razón por la que seguían existiendo.

Cuando el grupo entró victorioso al campamento, hubo gritos de júbilo y todos, ancianos, mujeres y niños, dejaron de hacer sus tareas y se acercaron a ver a los prisioneros, a tocarlos, a olerlos.



Bilu vio a un niño guaraní como de su misma edad. Era fuerte, como él, con el pelo negro cayéndole sobre los hombros anchos, y alto, muy alto.

En poco tiempo Bilu y el niño al que llamaron Imau, porque tenía grandes orejas, se hicieron amigos y lograron comunicarse.

Entonces, una tarde, en la que ya en otro lugar y lejos del invierno ambos se zambullían en el agua fresca del río, Imau le contó una historia increíble; una historia que había escuchado a los hombres de su tribu durante una noche de fogata.

Un prisionero de otro campamento guaraní les había contado que un día, hacía tiempo, cuando avanzaban por los cerros de arena frente al agua grande, habían visto una montaña en el horizonte. Esa montaña creció y creció, acercándose más y más, hasta que escondidos y llenos de pavor, pudieron ver a unos seres extraños y blancos, con pelos en la cara como los carpinchos. Ellos brillaban bajo el sol, con un brillo nuevo, una luz que hacía daño a los ojos cuando se movían.

Entonces todos supieron que se trataba de algo desconocido, seres salidos del agua. Ni siquiera estaban seguros de qué eran aquellos extraños, si eran hombres igual que ellos o bestias. Así que esperaron en silencio y se prepararon. De a poco fueron rodeando la arena y los bosques y siguieron esperando. Los hombres con pelos en la cara llegaron a la costa en pequeñas lanchas y cuando pusieron pie sobre la arena, cuando sus cuerpos brillaron otra vez con esa luz terrible, se lanzó el ataque.

El combate fue feroz. Los hombres pálidos hacían sonar truenos con unos palos que traían, pero la lluvia de flechas,



las lanzas que volaban desde todas partes, los hicieron caer uno a uno, hasta que la arena quedó roja y aquel cerro de madera que flotaba más allá de la rompiente comenzó a alejarse de la costa.

Los cuerpos fueron cargados hasta el campamento como prueba de la existencia de esos demonios del mar. Los extraños, venidos de la nada, habían muerto y sus cuerpos serían comidos.

Así murieron todos; todos menos uno, casi un niño, blanco como las nubes, el único que fue tomado prisionero: porque es la palabra de los más viejos que no se mata a los viejos, ni a las mujeres, ni a los niños...

Joaquín escuchaba con los ojos bien abiertos, casi tenía miedo de preguntar e interrumpir a su abuelo, pero al final su curiosidad pudo más y preguntó por aquellos hombres de pelo en la cara y aquel niño que se salvó.

—Así fue como murió Juan Díaz de Solís. Durante mucho tiempo se creyó que lo mataron los charrúas, pero se sabe, casi con seguridad, que fueron los guaraníes, que por esa época habitaban en distintos lugares de esta tierra. Fijate que la mayoría de los nombres indígenas que nos quedaron son en realidad guaraníes como, por ejemplo, Uruguay, Tacuarembó... Lo que se sabe con certeza es que hubo un muchacho, de catorce años, casi un niño, que venía con la expedición como grumete, algo así como un aprendiz, y que se salvó y vivió mucho tiempo con los indios. Se llamaba Francisco del Puerto.

—¿Y qué le pasó a él?, ¿se lo comieron después?



El abuelo rió.

—Ah, bueno —contestó—. Si te interesa, mejor pongo agua a calentar para unos mates porque, al igual que Bilu, este muchacho Francisco también es parte de tu historia.

—¿De la mía? ¿Y por qué?

—¡Ya lo vas a ver! Tené un poco de paciencia.